

¡Pero bueno! ¿De verdad soy agnóstico?

Carles Alastuey

No somos máquinas pensantes que a veces sienten, sino seres instintivos *que a veces piensan*.

A. Damásio

La amable propuesta de los responsables de la revista digital PERIFERIA invitándome a dar mi visión de una opción agnóstica, que yo teóricamente representaría, me ha supuesto un pequeño conflicto, pues nunca me he tenido por un defensor de esa postura. A decir verdad, mis conocimientos sobre filosofía no son demasiado amplios y mi educación ha tenido lugar en un ambiente cristiano católico más o menos practicante.

Pero si me pregunto sobre la idea de Dios, si en mi vida la posibilidad de la trascendencia ocupa un lugar destacado constato que no es así. Debería concluir sin más que, efectivamente, soy un agnóstico, ya que aunque no profeso religión alguna, tampoco veo la necesidad de negar los principios de deidad o trascendencia que las rigen mayoritariamente.

Definirnos en un aspecto tan personal e íntimo como son las creencias no resulta tan fácil. Al igual que los sentimientos y los afectos, aquello en lo que creemos (esta expresión sugiere una curiosa relación con la fe), surge de nuestro interior más profundo y no es sencillo traducirlo en razón, por mucho que nos empeñe-

mos en ello, pues pertenece en buena parte al ámbito de la emoción.

Las tesis del eminente neurólogo portugués A. Damásio, ilustran a la perfección lo que me sugiere el preguntarme al respecto de mis creencias. Aquello que creemos, aquello que supuestamente escogemos creer, debería ser un acto de nuestra razón. Sin embargo, como ha puesto en evidencia este estudioso de nuestro cerebro, razón y emoción se encuentran estrechamente ligadas y no podemos explicar lo que denominamos nuestras creencias (Damásio no utiliza esta terminología en realidad, pues habla de decisiones, pero también aquellas que afectan al ámbito de lo moral) sin considerar que no solo vienen dictadas por un acto de la razón, algo que las personas que son religiosas ven con absoluta lógica. No todo puede ser juzgado con los parámetros de la lógica y el raciocinio.

Además, no podemos obviar que nuestra visión del mundo y nuestro credo moral vienen al menos parcialmente condicionados por nuestro entorno social, por nuestras experiencias individuales y familiares más próximas, tal y como ha puesto en evidencia la moderna psicología social.

Quiero decir con todo esto que mi visión de la trascendencia y la espiritualidad solo puede explicarse considerando todos estos elementos: los individuales ligados a la razón y la emoción; y los sociales, relacionados con el entorno, pues creo que lejos de ser especialmente original, en realidad mis creencias están muy próximas a un estado de sentir de la sociedad occidental, de mi entorno cultural.

Para mí el agnosticismo no es un credo que nos sitúe a modo de ideología vital como pudiera ser una religión o una militancia política tradicional. No me parece que ninguna creencia pueda definirnos de manera completa. Creo que más bien se trata de un estado de ánimo, que ubica nuestra cultura y nuestra identidad en la ambigüedad de las ideologías. En un mundo tan complejo como el que vivimos, dónde las ideas y las definiciones se ajustan tan poco a la posibilidad real de interpretar nuestro entorno, tengo una enorme prevención por la intransigencia disfrazada de creencia que tanto ha facilitado nuestra infantilizada sociedad de la información.

Peter Burke, señala que la abundancia, casi me atrevería a decir el exceso, de información no debe confundirse con conocimiento. Más bien podríamos hablar de “ruido” que nos aturde, amenazando convertirnos en seres superficiales. La accesibilidad a datos de todo tipo y especialmente a la expresión/exposición personal de nuestras creencias e identidad a través de las redes sociales, ha favorecido la banalización de las ideas, el acoso y el juicio de intenciones irreflexivo.

Los pogromos cibernéticos están a la orden del día: la condena instantánea a las personas y aquello que dicen, ocul-

ta la incapacidad de análisis riguroso de las conductas que subyacen, del verdadero significado de sus manifestaciones. Las enormes posibilidades de acceso al conocimiento de nuestra sociedad consumista e hipertecnológica no parecen haber supuesto un progreso proporcional en el valor moral y la conducta ética.

“Era un agnóstico. Normalmente esa palabra funciona como pantalla del ateísmo, pero creo que no es mi caso. Cuando, a la luz de todo lo que sé, reexamino la cuestión de si existe un creador, un orden cósmico, ese tipo de cosas, me doy cuenta de que lo cierto es que no tengo respuesta.” Dice con muy buen tino un autor extraordinariamente polémico en sus manifestaciones e icono de la desconcertante sociedad en que vivimos los occidentales, Michel Houellebecq.

“No tengo respuesta”, tal vez sea la mejor definición del estado de pensamiento de los seres humanos de nuestro entorno contemporáneo. Peter Watson lo ha definido como la Edad de la nada. La falta de sentido de la existencia: ese vacío terrible que acusa la cultura occidental, desde al menos la Primera Guerra Mundial, a partir de la cual los seres humanos pudimos comprobar cómo nuestra acción puede ser causa de la mayor de las destrucciones, de todas las crueldades posibles, bajo el manto de la ideología o de la razón de estado.

Nuestra historia reciente muestra los horrores de la persecución por raza, creencia, ideas, inclinaciones sexuales, cuna, aspecto... Nunca la maldad tuvo un rostro tan humano. Pero la muerte de Dios, tal y como la anunciaría Nietzsche, con el paso del tiempo no se ha visto sustituida por una fe ciega en la ciencia, en

su capacidad para dar respuesta a todas nuestras preguntas. El famoso No quiero creer, quiero saber, que harían suyo los que abrazaron el racionalismo científico, parece tener sus limitaciones.

Si soy agnóstico, desde luego no puedo alinearme con una escuela que se fundamenta sólo en las evidencias científicas. Ciertamente es que el conocimiento avanza por detrás de nuestras creencias. Aquello que hace siglos se consideraba propio de la deidad, ahora ya no lo es, al menos no totalmente: aun cuando encontremos expresiones religiosas que pretenden negar la teoría evolucionista darwiniana, o sitúen el origen del universo con explicaciones propias de una mente del siglo XV, el sentido común y el conocimiento, evidencian que negar estos fenómenos es tan ofensivo como negar el Holocausto. Ahora bien, aún hoy hay experiencias tan cercanas a la espiritualidad y la trascendencia que se me hace difícil poder afirmar que aquello que no puede probar hoy la ciencia, lo podrá probar en el futuro, o debemos descartarlo como mera superstición.

Hay experiencias después de la muerte, manifestaciones de nuestra mente, tantas cosas que no podemos explicar... No me sitúo en la duda, me sitúo más bien en el deseo de no convertir la ciencia en una fe irracional más. No creo que la idea de deidad nos resulte próxima culturalmente hoy en día, pero no puedo negar completamente la posibilidad de una trascendencia, ni pienso que sea acertado suponer que la ciencia será nuestra "salvadora", que resolverá todos los retos a los que la Humanidad debe enfrentarse.

Creo que si algo define nuestro momento histórico es la incertidumbre y no la seguri-

dad de un credo sea el que sea, y por ello me inclino a la prudencia. Frente a la seguridad de la afirmación y la certeza, prefiero la posibilidad y la interrogación de la duda.

Este estado de incertidumbre no es casual. La decadencia de las ideologías tampoco lo es. Las grandes guerras que hemos sufrido en los siglos anteriores, los sistemas políticos destructores del individuo y su condición humana, han causado una enorme herida en el pensamiento de nuestro tiempo y en sus expresiones artísticas. Vivimos en la cultura del hedonismo, de la estética a costa de la ética, de la percepción de nuestra fragilidad y de la dificultad para enfrentar nuevos retos. Eso se traduce en una especie de sincretismo religioso en las sociedades occidentales en las que el individuo busca desesperadamente encontrar algo en lo que creer, que le resulte más asumible que las formulaciones clásicas de los principios religiosos, percibidos por nuestra sociedad como algo superado por las evidencias y las costumbres. La religión ya no puede pretender explicar en su totalidad la existencia humana y su devenir.

Eso no supone realmente que la sociedad occidental no sea religiosa, pero si sugiere que deseamos creer en algún tipo de trascendencia que se adapte más a nuestro conocimiento y que no entre en contradicción con aquello que aunque no sepamos, pues no se puede comprobar, descartamos por su falta de soporte contemporáneo: la idea del cielo, de la salvación, del pecado como castigo...

¿Quién puede hablar de pecado en nuestra sociedad desayunando con muerte, conflictos bélicos, corrupción, y toda clase de horrores cada mañana? Ahora ya

sabemos que nuestra sociedad es injusta y no podemos esperar a la vida en el más allá para conformarnos con nuestra condición en la tierra...

Además, contrariamente a lo que una visión occidental podría hacernos creer, hay muchos indicadores de que la humanidad en general es cada vez más religiosa, por lo que no me parece en absoluto baladí plantearnos la cuestión de las creencias. Mucho más cuanto podemos vislumbrar que en un futuro los conflictos relacionados con las religiones puedan volver a alcanzar una enorme gravedad, como ya lo supusieron en épocas no tan lejanas (cuando menos como excusa, como ocurre hoy). Lo cierto es que la religión crece en otros continentes de un modo exponencial. En los países de los continentes americanos crecen los cristianismos evangélicos: en Sudamérica, pero también en las regiones más pobres de los EE.UU. En la China el protestantismo, y en África y una buena parte de Asia el islamismo.

Frente a una cultura occidental secularizada, de sincretismo religioso y profundamente individualista, el mundo menos opulento y diverso se inclina por abrazar la fe religiosa para explicar su existencia y la razón profunda de su actuar. Crecen los extremismos religiosos, las explicaciones peregrinas sobre el origen del mundo, la salvación o las vírgenes que esperan a los mártires de la fe, pero también la evidencia del deseo de una buena parte de la humanidad de definirse más allá de los límites de la razón científica, de proponerse metas más elevadas que la simple adquisición de bienes de consumo para justificar su existencia en la tierra. Todas estas evidencias me interpelan.

Podemos preguntarnos, como hace el filósofo Jürgen Habermas, sobre la Conciencia de lo que falta, aquello que echamos de menos en una conciencia laica occidental, esa parte del trasfondo moral que deseamos poseer y parece empujarnos hacia la creencia religiosa. Podemos compartir su idea de Comunicación dialógica indispensable entre religiones, culturas y conocimiento científico-técnico, tal vez como única solución para la sociedad desnortada y líquida, en palabras de Zygmunt Bauman, porque sin duda necesitamos recursos para enfrentar estos retos.

No tengo respuesta yo tampoco, y contrariamente a los que se obstinan en acreditar o desacreditar una determinada postura, no creo sinceramente, que sea ésta una situación más cómoda que cualquier otra. No me resulta más cómodo "sentirme" agnóstico que "reconocerme" como un ateo poco decidido. En muchas ocasiones me habría gustado poseer una mayor seguridad, pero insisto en que no se trata de racionalidad cuando hablamos de creencia, no solamente al menos. Algo profundo en nuestro interior nos impulsa en una dirección u otra, y todos encontramos razones para sustentar aquello que sentimos así, seamos creyentes o no.

No creo en las religiones como instituciones y, sin embargo, creo profundamente en las personas y sus creencias. En aquellas que hacen de su vida un ejemplo de conducta y nos ofrecen lo mejor del ser humano en toda su amplitud: Vicente Ferrer, Pere Casaldàliga, por citar solo a algunos, disculpándome por no poder citar otros nombres próximos a otras culturas no tan occidentales, aún seguro de que existen. Me pregunto: ¿Si estas personas no tuvieran unas profundas creencias

religiosas habrían podido sobrellevar su propia conducta? Ciertamente hay personalidades tan dignas como esas que no son religiosas, pero en su actitud, en su comportamiento, podemos observar igualmente la bondad y la compasión, los atributos que nos preservan como seres humanos.

Esta humanidad de la que hablo, la que inspira sus mejores actos en oposición a la más mezquina y malvada, no se basa en su posible trascendencia. No basa su razón de ser en el más allá: acaba en este mundo y a mí, hoy en día no me produce excesivo temor sentirlo de este modo. No sé si hay algo después de la muerte. A medida que me hago mayor, y que sumo personas queridas que ya no me acompañan, pienso que me gustaría mucho encontrarlas de nuevo, poder volver a hablar con ellas, tal vez mejor, abrazarlas intensamente, pero no sé si será posible.

Los seres humanos evolucionamos en direcciones a veces impensables. Nuestras creencias se reformulan con el paso del tiempo. A veces se reafirman, pero otras simplemente cambian con el paso de los años, a partir de nuestras propias experiencias, luchas y decepciones. Personas creyentes dejan de serlo y ateos declarados abrazan la religión como Bob Dylan o Cat Stevens (ahora Yusuf Islam). Apóstoles de la libertad y los ideales más supuestamente progresistas, profetas de la era hippie, convirtiéndose a la religión para indignación de sus seguidores y espanto de algunos creyentes.

No descarto que a medida que mi edad avance, me vuelva más sabio (o más temeroso) y halle una buena manera de que mi pensamiento se aproxime a una

necesidad de mayor espiritualidad. Decía Darwin: "Mi pensamiento fluctúa con frecuencia... En mis fluctuaciones más extremas nunca he sido un ateo en el sentido de negar la existencia de un Dios. Creo que en general (cada vez más a medida que envejezco), pero no siempre, que ser agnóstico sería la descripción más correcta de mi estado de ánimo».

Terrassa, mayo 2015.